

El pago mágico



CUADERNOS EDUCATIVOS

BANCO DE LA REPÚBLICA



El pago mágico

Rafael Cartay

AUTOR

Cristina Müller

ILUSTRACIONES



Banco de la República de Colombia

Junta Directiva

Alberto Carrasquilla Barrera
Ministro de Hacienda y Crédito Público

Miguel Urrutia Montoya
Gerente General

Sergio Clavijo Vergara
Juan José Echavarría Soto
Salomón Kalmanovitz Krauter
Fernando Tenjo Galarza
Leonardo Villar Gómez

Gerardo Hernández Correa
Secretario Junta Directiva
Gerente Ejecutivo

José Darío Uribe Escobar
Gerente Técnico

Subgerencias

José Tolosa Buitrago
Subgerente Monetario y de Reservas

Hernando Vargas Herrera
Subgerente de Estudios Económicos

Luis Fernando Restrepo Valencia
Subgerente Administrativo

Darío Jaramillo Agudelo
Subgerente Cultural

Néstor Plazas Bonilla
Subgerente Industrial y de Tesorería

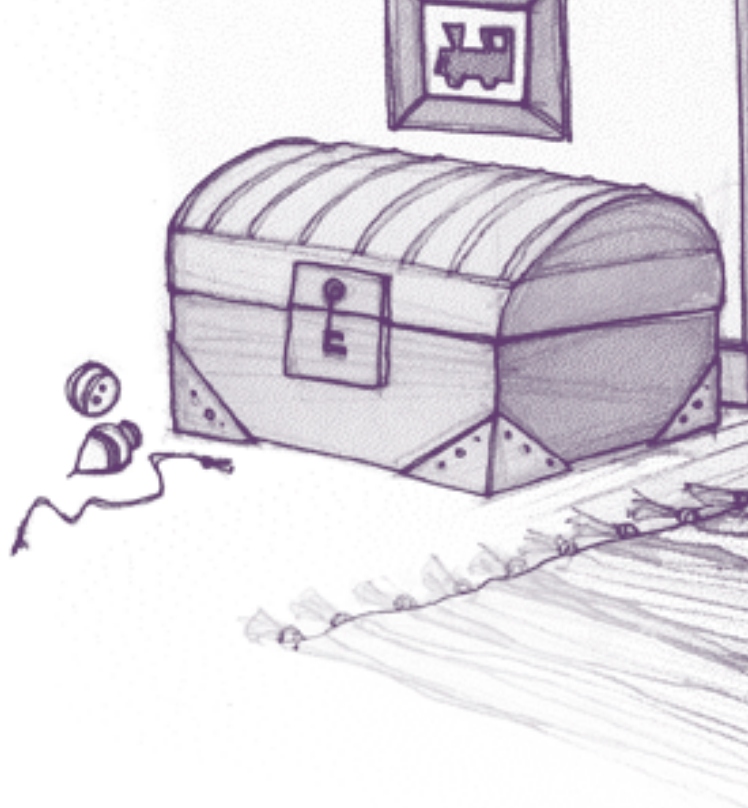
Luis Francisco Rivas Dueñas
Subgerente Informática

Joaquín Bernal Ramírez
Subgerente Operación Bancaria

Heriberto Estupiñán Castro
Subgerente Seguridad

Auditor General

Luis José Orjuela Rodríguez





– ¡Házme caso, hermana! –. Me dijo Carlitos una vez más. He descubierto que mi mamá es bruja. Carlitos, mi hermano de seis años, había estado insistiendo en lo mismo desde la semana pasada. La primera vez fue cuando regresó de la zapatería con mi mamá. Habían ido a comprar unos zapatos para estrenar en Nochebuena, y algo debe haber inquietado a Carlitos, porque me repitió varias veces lo mismo. Pero yo no le hice caso, porque, en realidad, por nada en el mundo iba yo a pensar que mi mamá es una bruja.

Esta vez, sin embargo, la cosa parecía ser muy, pero muy seria, porque Carlitos, con aire misterioso, me haló del brazo y me llevó a un rincón de su cuarto para insistir en la confidencia.

–Mi mamá es bruja. Lo he comprobado –me dijo en voz baja mirando a todas partes, temiendo que a mamá, que según él es una bruja, se le ocurriera aparecer de improviso en el cuarto, como sucede con todos los brujos desde que el mundo es mundo.

–¿Qué dices? ¿Estás loco? –le reclamé semejante tontería.

–Lo que te digo es verdad, mi mamá es una bruja, lo he podido comprobar con mis propios ojos.

–¡Ajá!, y en qué te basas para asegurar que mamá es una bruja.

–Hace una semana me compró unos zapatos en un almacén.

La vendedora le entregó los zapatos sin que ella le pagara con dinero.

Fue como un acto de magia, como sucede en las películas.

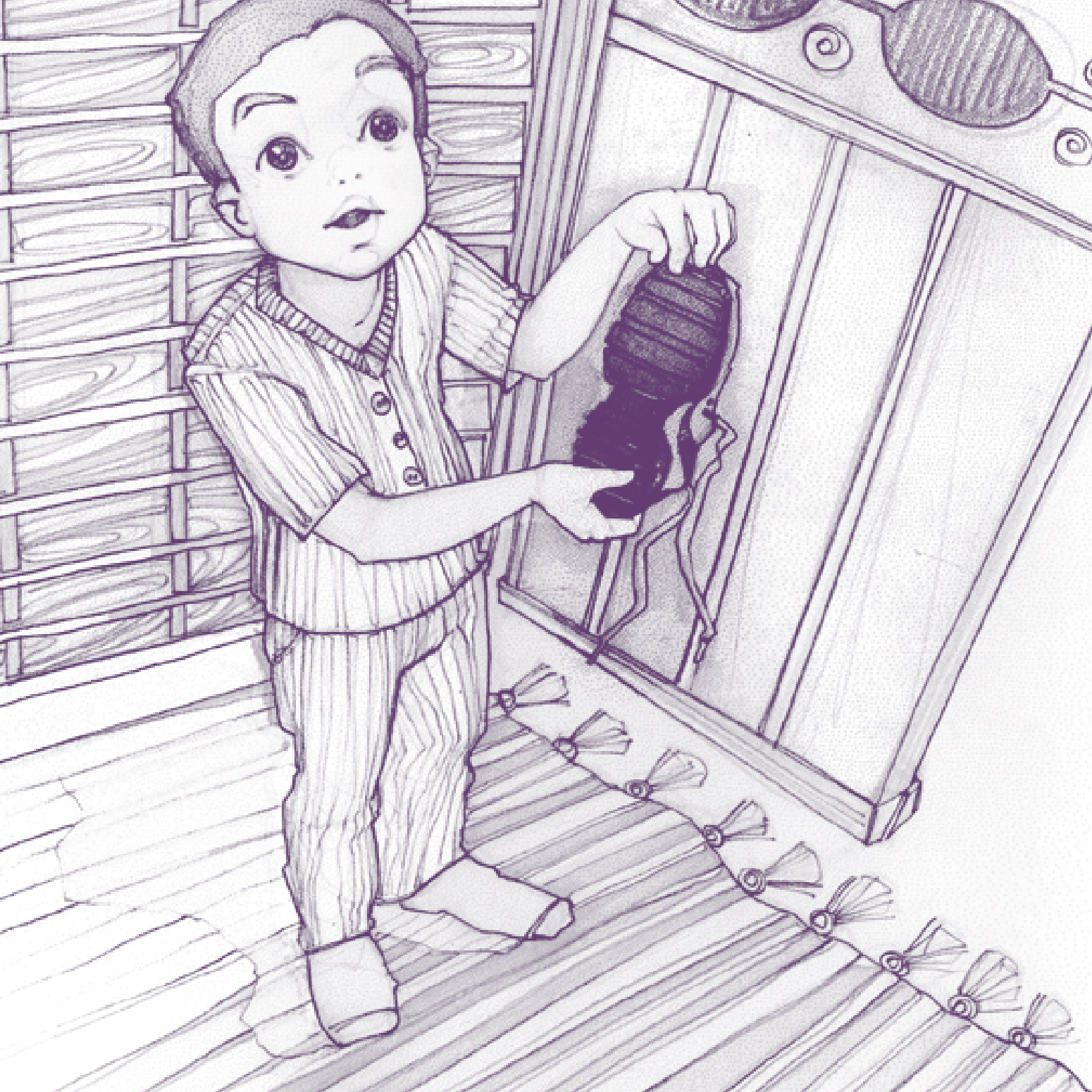
–¿Cómo que no pagó? –le pregunté.

–Sí, no pagó nada, te lo puedo jurar. Eso me pareció muy raro, porque mi mamá no es dueña de ese almacén. Y lo mismo pasó en otras partes.

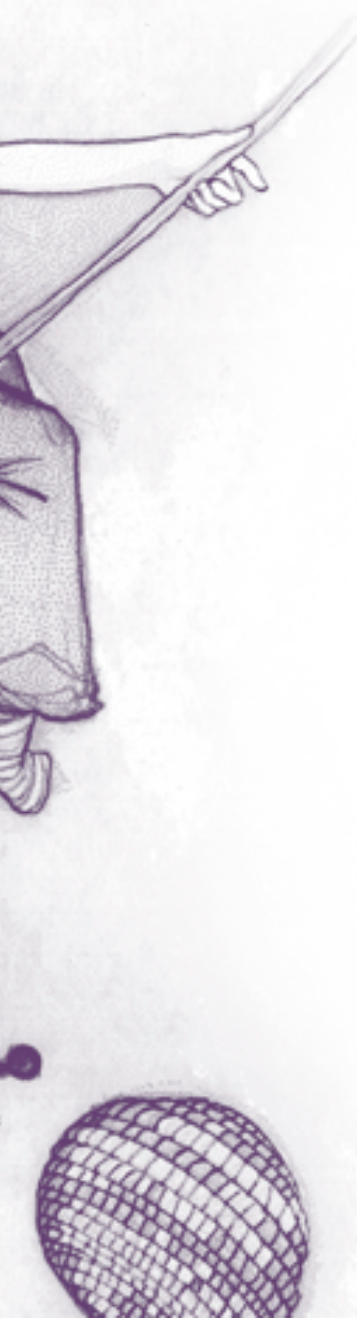
Le entregaban las cosas que pedía y ella nunca pagaba con dinero.

Mi mamá es una bruja que puede conseguir las cosas con tan sólo pedir las.

–¿Tú estás seguro de lo que estás diciendo? –le pregunté una vez más en medio de mi incredulidad.





A purple line drawing on the left side of the page. At the top, a hand holds a long, thin wand. Below it, a ball with a grid pattern is visible. The drawing is partially cut off by the edge of the page.

Mi situación era comprensible, porque cualquiera se pone nervioso al descubrir que su madre es una bruja. Imagínense ustedes por un momento que su mamá fuera una bruja. Ustedes deben estar de acuerdo conmigo en que eso sería maravilloso. Uno pudiera tener todas las cosas del mundo con tan sólo chasquear los dedos o simplemente desearlas. Uno entra en un almacén, de juguetes, por ejemplo, y puede salir con todos los que uno quiera sin necesidad de tener dinero. Porque ese es el problema: no se puede tener todas las cosas que uno quiere, porque uno no tiene todo el dinero del mundo para comprarlas. Pero los brujos o los magos sí pueden hacerlo. Los magos sacan cosas y cosas de un sombrero negro. Así pueden pasar horas y horas, sacando y sacando cosas que nunca se terminan. Decidí entonces, en la primera oportunidad que se me presentara, salir de compras con mamá para comprobar por mí misma eso que me había dicho Carlitos con tanta insistencia. Enténdanme bien: yo había ido muchas veces con mamá a hacer compras, pero nunca me había dado cuenta si ella pagaba o no. Yo estaba siempre distraída, mirando las cosas que quería, pero que no podía comprar. Cuando yo pedía algo, mi mamá siempre me explicaba que no tenía tanto dinero para pagarlo, que había otras cosas más necesarias y que el dinero no alcanzaba para comprar todo lo que a uno se le antojara.

Pero esto era diferente, muy diferente: ella, según Carlitos, podía conseguir las cosas sin necesidad de pagarlas, como hacía el mago del sombrero negro.

Un sábado en la mañana se me presentó la ocasión para comprobar si era verdad que mi mamá era bruja.

–María,– me dijo –¿quieres acompañarme al supermercado?...

Y nos fuimos. Pero esta vez yo estaba atenta. Y cuando mi mamá llevó las cosas a la caja registradora, no le perdí ni por un momento la pista.

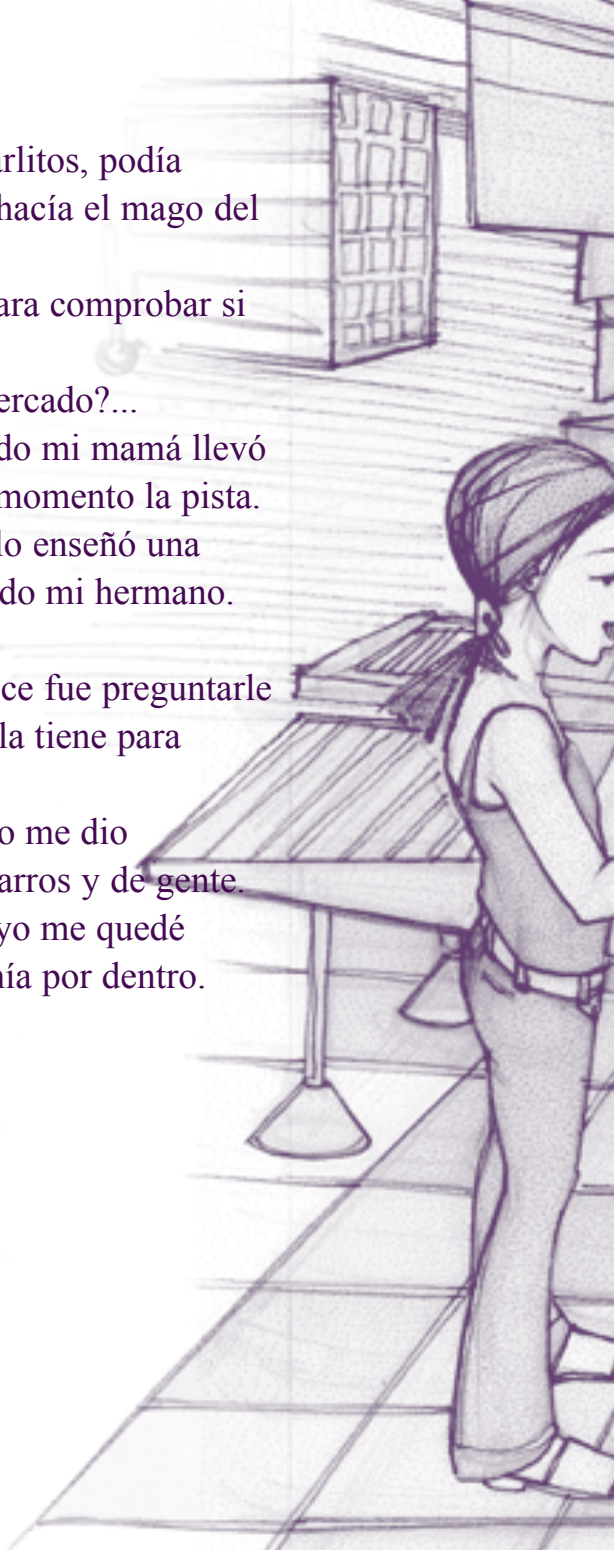
Le dieron las cosas, pero ella no pagó con dinero, sólo enseñó una tarjeta y su cédula. Era verdad lo que me había contado mi hermano.

Tenía razón: mamá actuaba como una bruja.

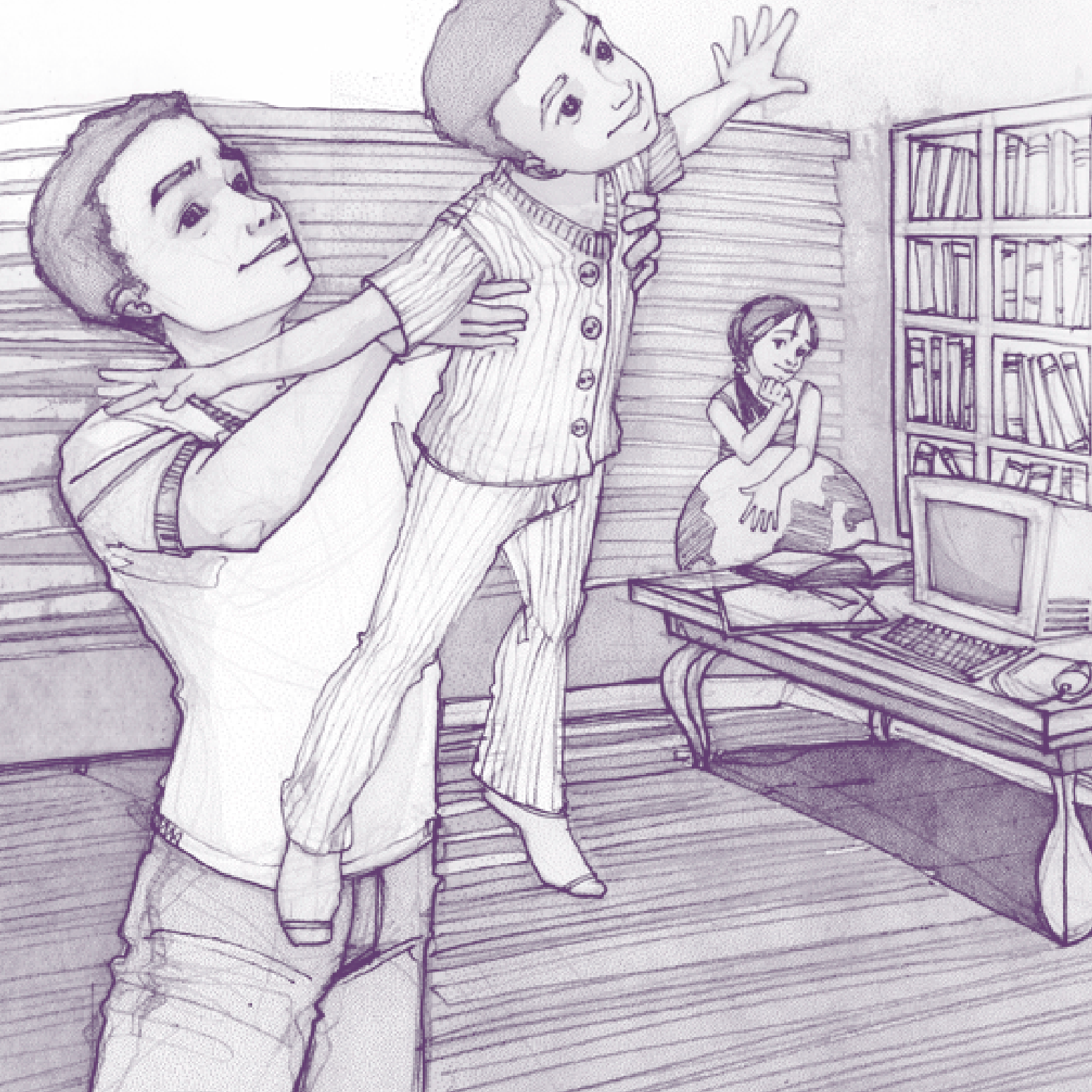
Cuando salimos del supermercado, lo primero que hice fue preguntarle a mamá si yo podía tener una tarjeta como esa que ella tiene para poder comprar las cosas sin necesidad de dinero.

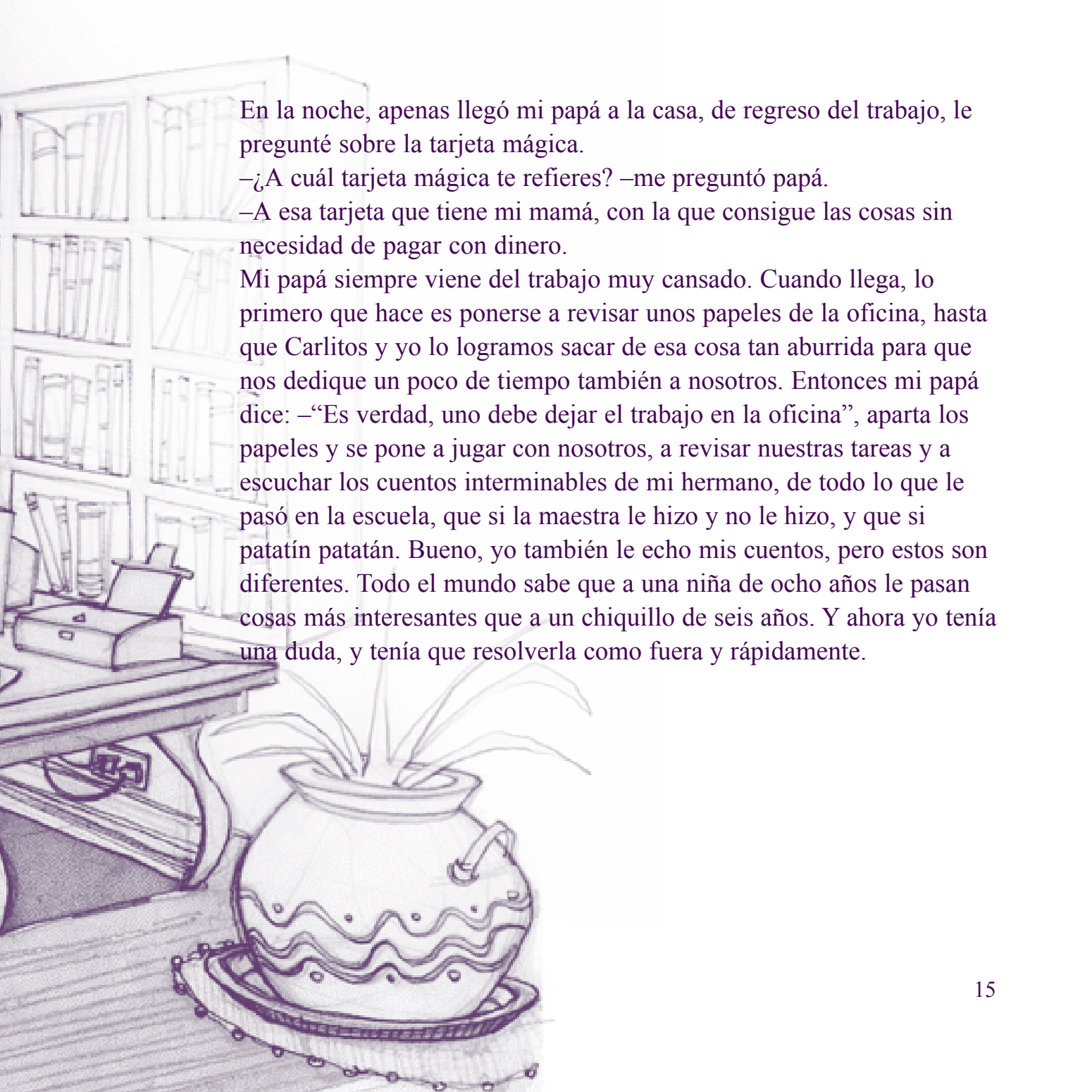
Mi mamá me miró sorprendida y soltó la risa. Pero no me dio ninguna explicación porque la calle estaba llena de carros y de gente.

–Después te lo explico– me dijo, pero se le olvidó y yo me quedé durante todo el día con la preguntica esa que me comía por dentro.









En la noche, apenas llegó mi papá a la casa, de regreso del trabajo, le pregunté sobre la tarjeta mágica.

—¿A cuál tarjeta mágica te refieres? —me preguntó papá.

—A esa tarjeta que tiene mi mamá, con la que consigue las cosas sin necesidad de pagar con dinero.

Mi papá siempre viene del trabajo muy cansado. Cuando llega, lo primero que hace es ponerse a revisar unos papeles de la oficina, hasta que Carlitos y yo lo logramos sacar de esa cosa tan aburrida para que nos dedique un poco de tiempo también a nosotros. Entonces mi papá dice: —“Es verdad, uno debe dejar el trabajo en la oficina”, aparta los papeles y se pone a jugar con nosotros, a revisar nuestras tareas y a escuchar los cuentos interminables de mi hermano, de todo lo que le pasó en la escuela, que si la maestra le hizo y no le hizo, y que si patatín patatán. Bueno, yo también le echo mis cuentos, pero estos son diferentes. Todo el mundo sabe que a una niña de ocho años le pasan cosas más interesantes que a un chiquillo de seis años. Y ahora yo tenía una duda, y tenía que resolverla como fuera y rápidamente.

Mi papá oyó con toda la paciencia del mundo las explicaciones que le di sobre mi salida al supermercado con mi mamá. A veces a los adultos hay que explicarles muy bien las cosas, porque ellos creen que a los niños lo único que nos interesa es jugar y jugar, y que no estamos nunca pendientes de las cosas.

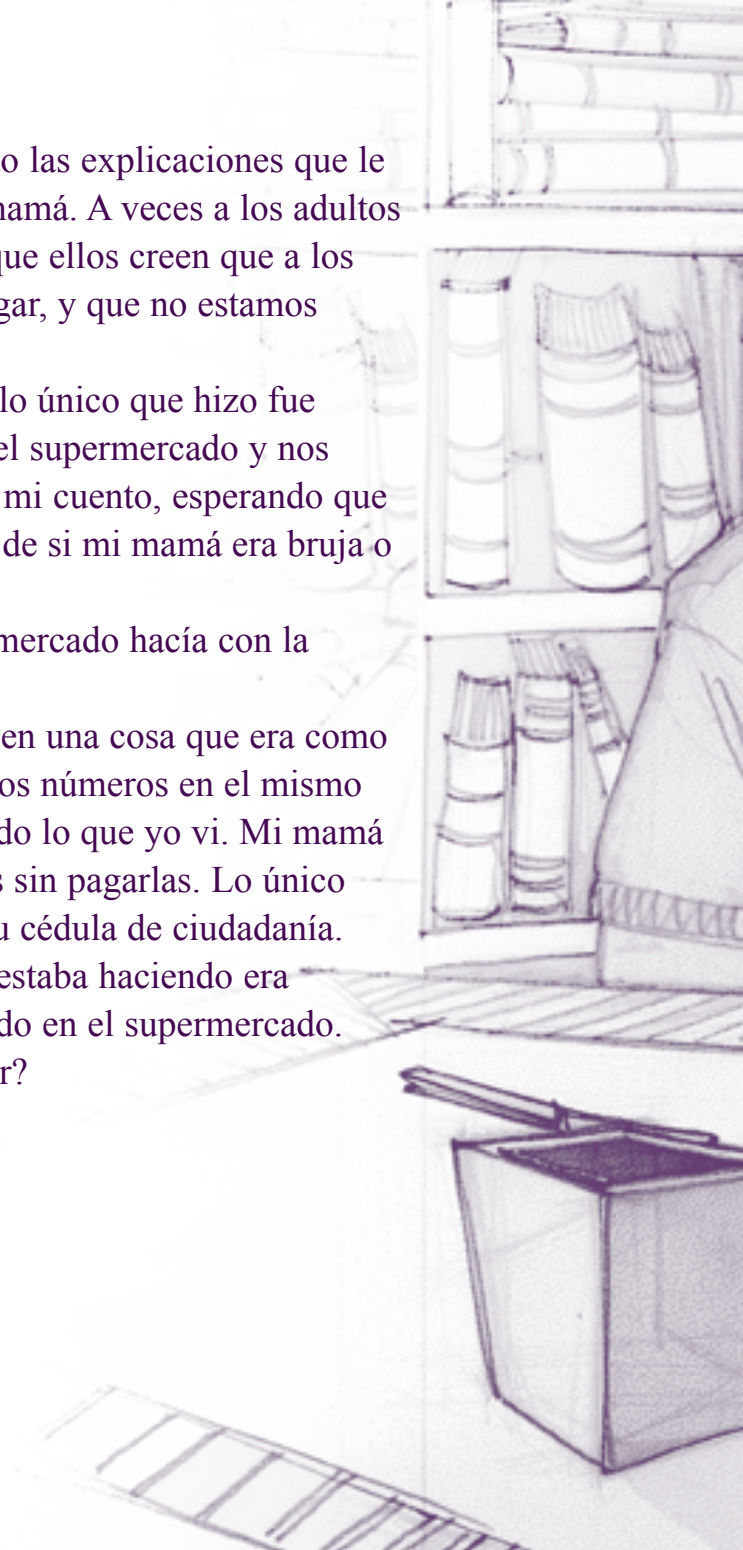
–...Y mi mamá, en vez de pagar con dinero, lo único que hizo fue enseñarle una tarjeta a la señora de la caja del supermercado y nos fuimos con las cosas sin pagar–, terminé así mi cuento, esperando que mi papá me confirmara la duda que yo tenía de si mi mamá era bruja o no.

–¿Y no viste bien lo que la señora del supermercado hacía con la tarjeta que le dio tu mamá?

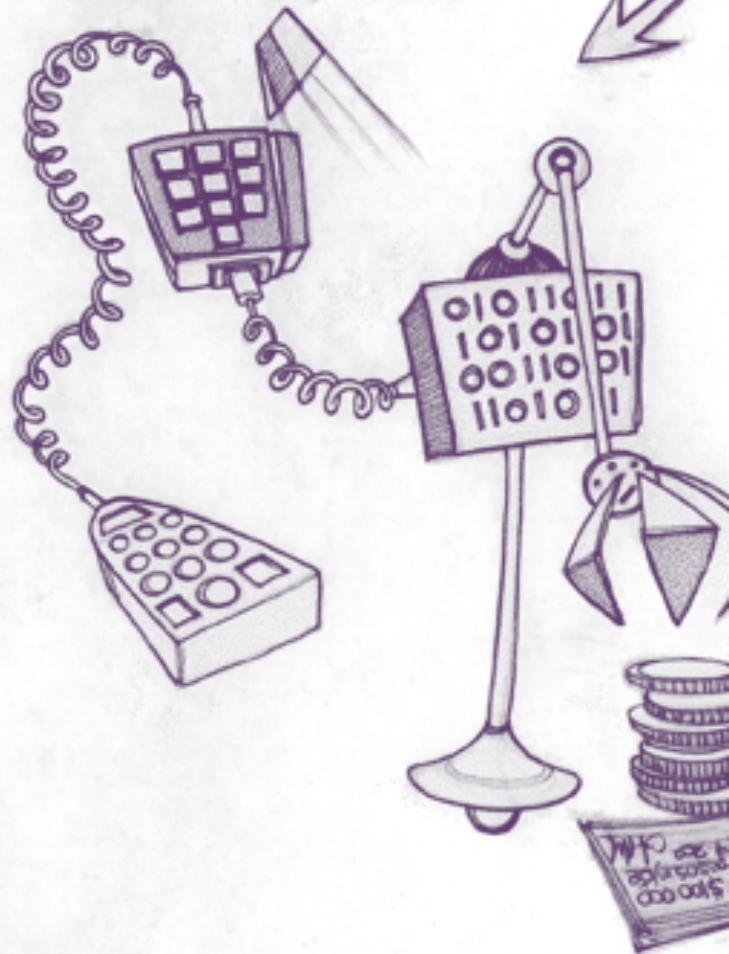
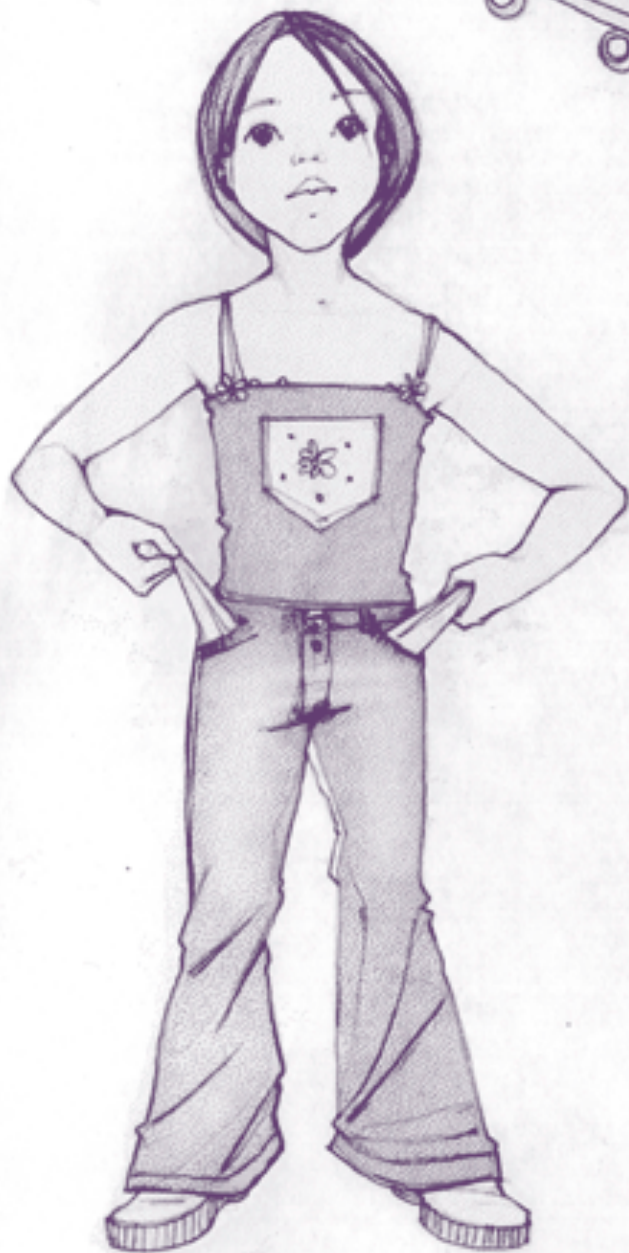
–La señora la agarró y marcó unos números en una cosa que era como un teléfono, y después mi mamá oprimió otros números en el mismo teléfono, esperamos un rato, y ya, eso fue todo lo que yo vi. Mi mamá y yo salimos del supermercado con las cosas sin pagarlas. Lo único que hizo mi mamá fue mostrar su tarjeta y su cédula de ciudadanía.

–Pues esa señora –me explicó papá– lo que estaba haciendo era descontándole a tu mamá lo que había gastado en el supermercado.

–¿Descontándole?– ¿Qué significa descontar?







–Descontar es rebajar una cantidad de una suma que uno tiene. En este caso, la cajera rebajó lo que tu mamá gastó en el supermercado a una cuenta que tenemos en el banco. Si nosotros no hubiéramos tenido ningún dinero en esa cuenta bancaria, que puede ser corriente o de ahorro, la tarjeta no hubiera funcionado.

–O sea que la tarjeta que tiene mi mamá no es mágica –le dije, tratando de comprender.

–¡Claro que no es mágica! Esa tarjeta indica el número de una cuenta en el banco y lo que tiene en dinero esa cuenta bancaria.

De allí se rebajó lo que tu mamá gastó en el supermercado.

–Entonces, ¿mi mamá no es bruja?

–No, hija, tu mamá no es bruja. La única brujería que hizo tu mamá fue no ir al banco, porque ahora utilizamos líneas telefónicas conectadas a computadoras para pagar las cosas que compramos. Así podemos entrar en las cuentas que tenemos en el banco y trabajar en ellas, agregándoles o restándoles dinero. Lo que nos queda es el saldo.

Podemos comprar cosas con esa tarjeta mientras tengamos saldo de dinero en la cuenta. Si no, la tarjeta no funciona y no podemos comprar aunque la mostremos. En este caso, la tarjeta se llama “tarjeta de débito”.

–¿Es que hay otras tarjetas? –le pregunté a papá.



–Sí, hay otras. Hay una que se llama “tarjeta de crédito”, con la cual podemos comprar aunque no tengamos dinero en nuestras cuentas bancarias. En este caso, el banco nos da un crédito o un préstamo por una suma de dinero, que tenemos que pagar más tarde al banco.

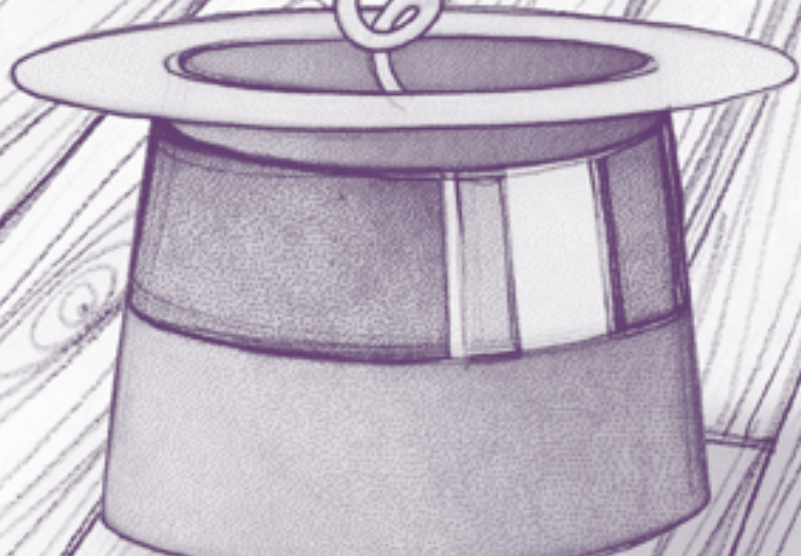
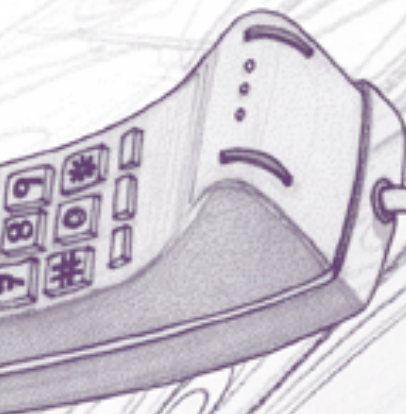
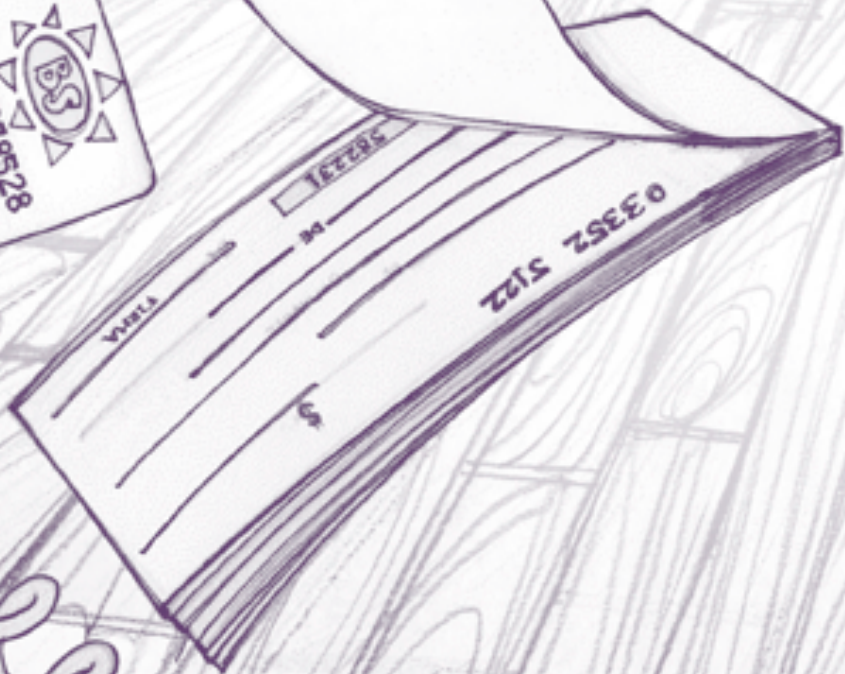
Si no pagamos todo lo que debemos en el tiempo o plazo que nos da el banco, entonces tenemos que agregarle a lo que debemos una cantidad que se llama “interés”. El interés es el beneficio que se obtiene por el dinero dado en préstamo.

–¿Y cómo hago yo para diferenciar esas dos tarjetas?

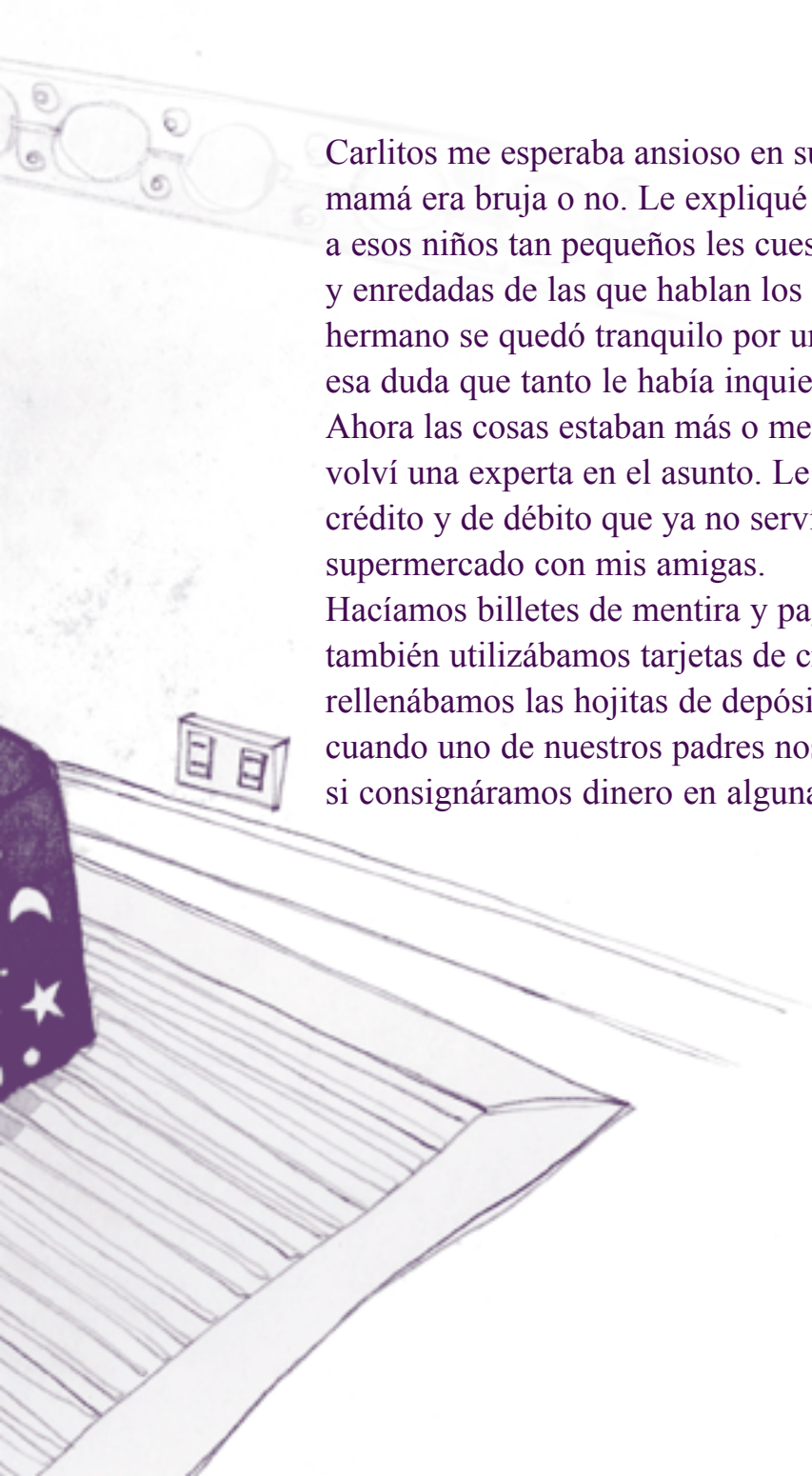
–Muy fácil –respondió mi papá–. La tarjeta de crédito, como su nombre lo indica, sirve para darnos un crédito, que nosotros usamos para comprar cosas, mientras que con la tarjeta de débito no se da ningún crédito, sino que el pago o el retiro de dinero se hace de manera automática, descontando lo pagado o lo retirado de nuestra cuenta corriente o de ahorro.

Aprendí entonces que las cosas no son siempre lo que parecen (que no es oro todo lo que brilla, como dice papá), que mi mamá no era bruja y que la tarjeta no era mágica. Esa tarjeta era, simplemente, como me explicó papá, una tarjeta de débito o una tarjeta de crédito. Y si algo tienen de mágicas esas tarjetas es que nos facilitan las compras en la calle, evitando que estemos yendo muchas veces al banco y haciendo posible que podamos comprar sin tener dinero en los bolsillos o en la cartera en ese momento.









Carlitos me esperaba ansioso en su cuarto para que yo le aclarara si mamá era bruja o no. Le expliqué las cosas lo mejor que pude, porque a esos niños tan pequeños les cuesta mucho entender esas cosas serias y enredadas de las que hablan los adultos. Pero al fin lo logré, y mi hermano se quedó tranquilo por un tiempo, al menos con respecto a esa duda que tanto le había inquietado algunos días.

Ahora las cosas estaban más o menos claras para mí. Después, me volví una experta en el asunto. Le pedía a mis padres las tarjetas de crédito y de débito que ya no servían, y me ponía a jugar al supermercado con mis amigas.

Hacíamos billetes de mentira y pagábamos las compras con ellos. Pero también utilizábamos tarjetas de crédito o de débito para comprar. Y rellenábamos las hojitas de depósito de los bancos, que nos traíamos cuando uno de nuestros padres nos llevaba al banco, para hacer como si consignáramos dinero en alguna cuenta.

Un día en el colegio la maestra invitó a los alumnos de nuestro salón a elaborar un proyecto, es decir, a buscar un tema para aprender a investigar. Unos dijeron que investigáramos el cielo con todas sus estrellas y planetas. Otros a los indígenas colombianos, y otros a las plantas. Pero yo propuse que investigáramos las formas que uno tiene de pagar cuando se compra algo.



Después de mucho discutir, nos decidimos, por fin, por los indígenas y los “medios de pago”, como los llamó la profesora. Lo de los indígenas me gustó mucho, porque es muy importante que todos conozcamos sobre los primeros habitantes de Colombia, pero también me gustó mucho lo relacionado con los medios de pago, porque eso resulta de mucha utilidad en el mundo de hoy.

Así, una mañana comenzamos en el aula de clase a aprender sobre los medios de pago.







Lo primero que nos explicó la maestra es el modo que tenemos los seres vivos para conseguir las cosas que necesitamos. Al principio, la gente, que era nómada, vivía de lo que cazaba, pescaba o recogía en el suelo o tumbaba de los árboles. Y cuando se le acababan las cosas en un lugar se iba a otra parte. Después desarrolló la agricultura, la cría de animales y la cerámica y se volvió sedentaria, es decir, se quedó a vivir en un sitio para toda la vida. Entonces las personas producían sólo lo que podían, pero no siempre tenían todo lo que querían y, además, los pueblos tenían escasez en algunas épocas y abundancia en otras. Para resolver esos problemas, comenzaron a intercambiar las cosas: yo te doy lo que me sobra para que tú me des lo que me falta. Uno cambiaba una cosa por otra, dependiendo de lo que le costara a uno hacerlas. Eso es el trueque: el cambio de una cosa por otra. Pero uno sufría mucho buscando una persona que tuviera lo que uno quería y que quisiera lo que uno tenía. Por eso inventaron los medios de pago para hacer más fácil el cambio de las cosas.

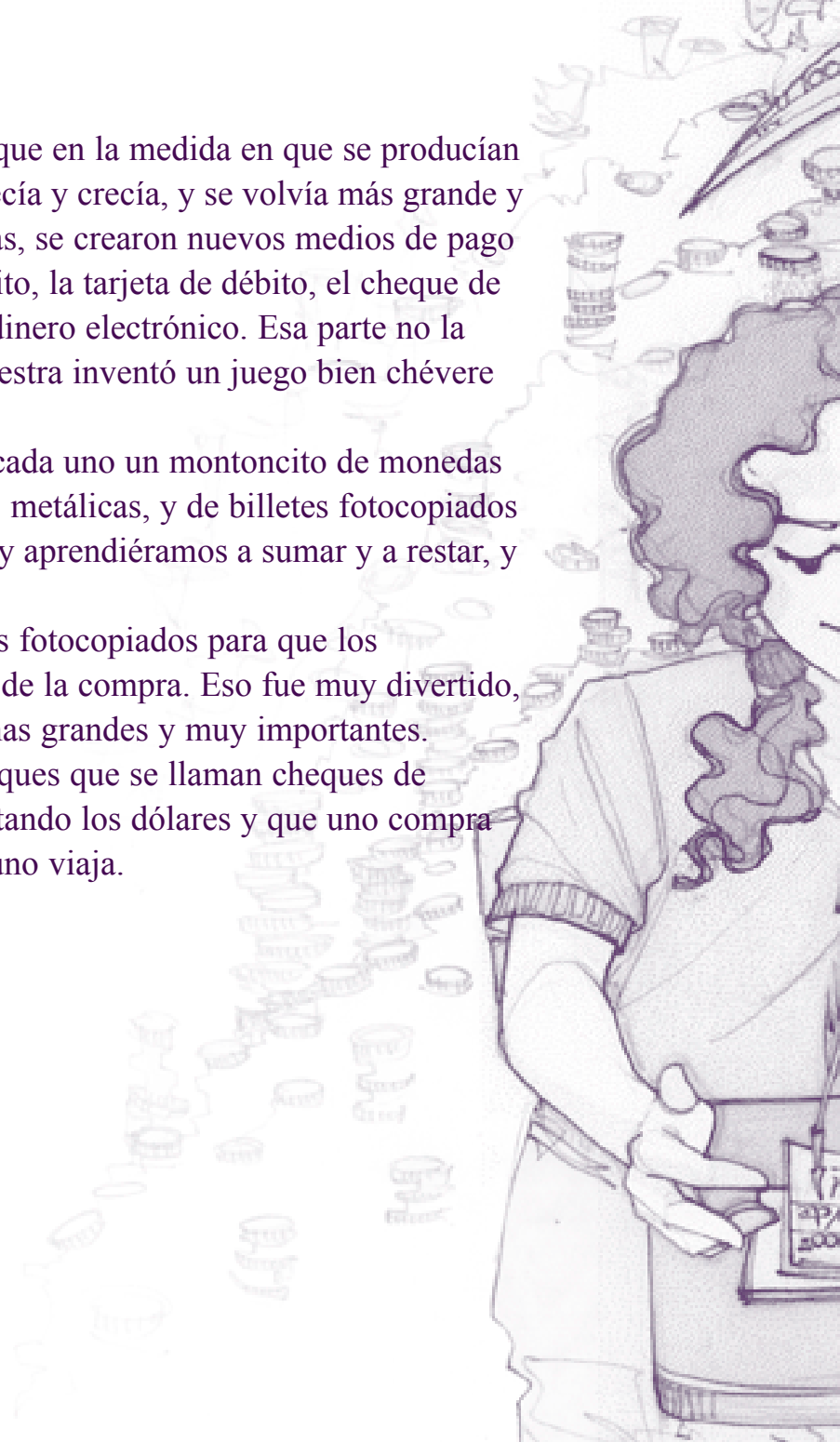
Las monedas hechas de metal, al principio de oro y de plata, y el billete de papel, que todo el mundo llama “dinero”, son los medios de pago más conocidos.

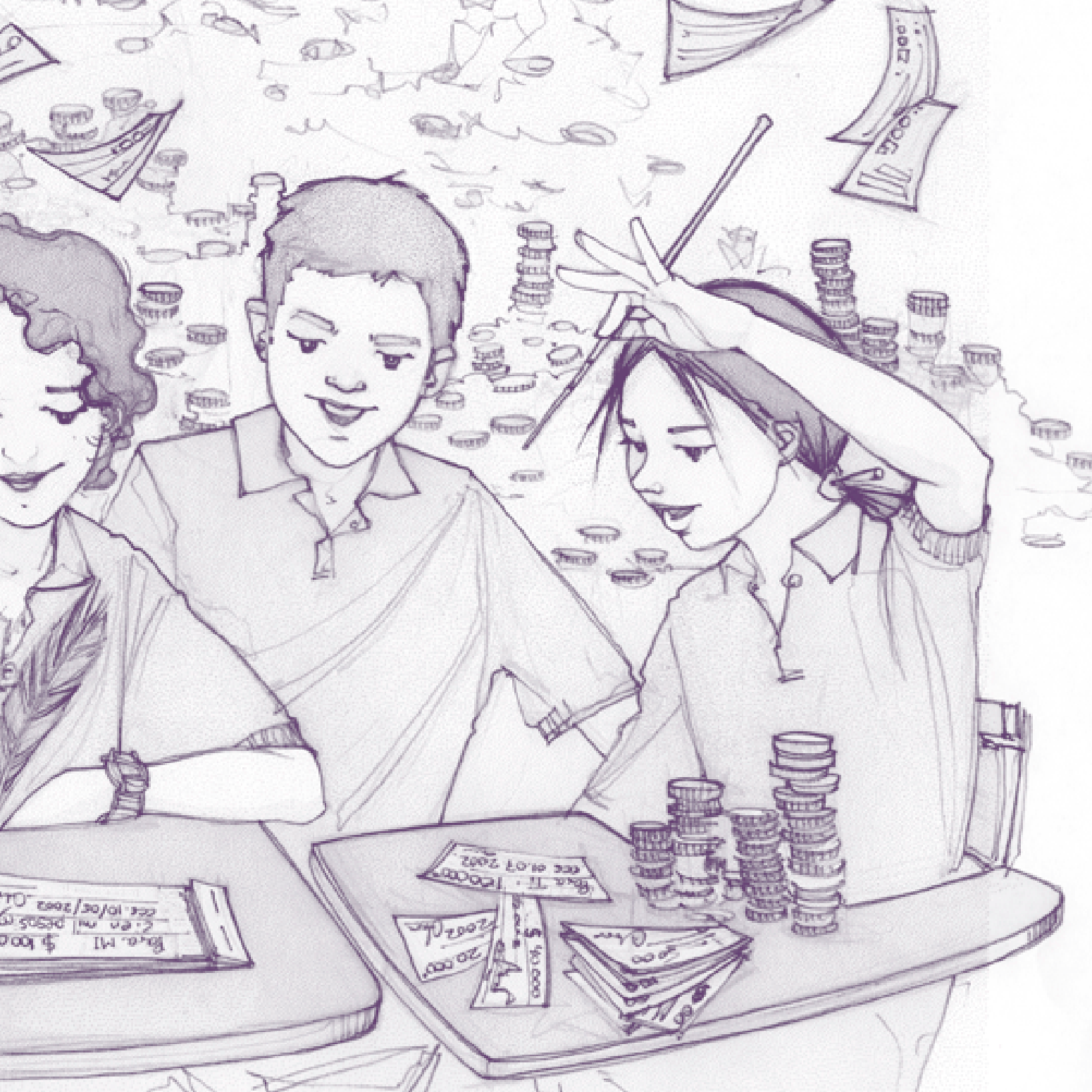
La maestra siguió explicándonos que en la medida en que se producían más y más bienes, el comercio crecía y crecía, y se volvía más grande y complicado. Para facilitar las cosas, se crearon nuevos medios de pago como el cheque, la tarjeta de crédito, la tarjeta de débito, el cheque de viajero, la tarjeta inteligente y el dinero electrónico. Esa parte no la entendimos mucho. Por eso la maestra inventó un juego bien chévere con los medios de pago.

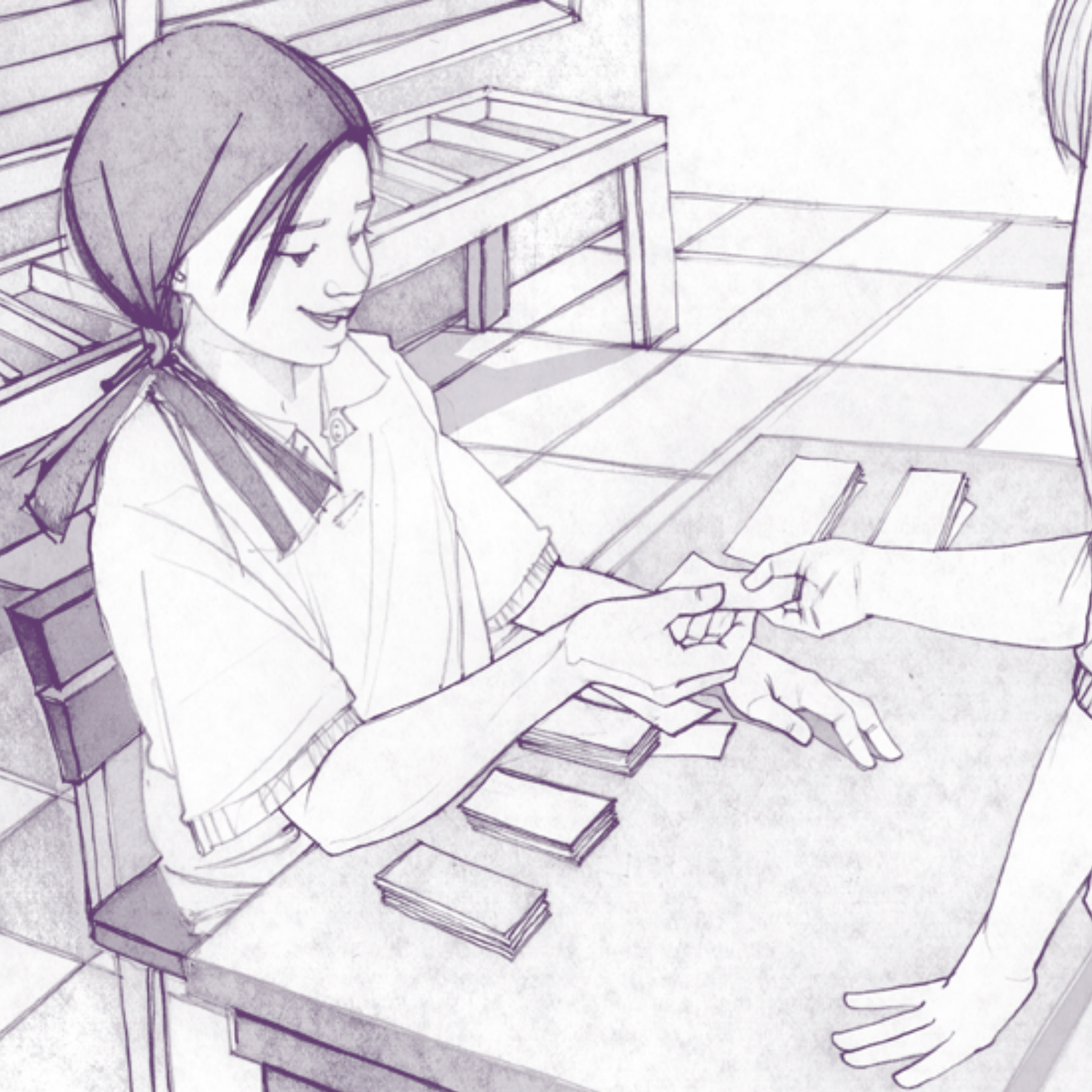
La maestra comenzó dándonos a cada uno un montoncito de monedas de papel, como si fueran monedas metálicas, y de billetes fotocopiados para que hiciéramos las compras, y aprendiéramos a sumar y a restar, y también a multiplicar y a dividir.

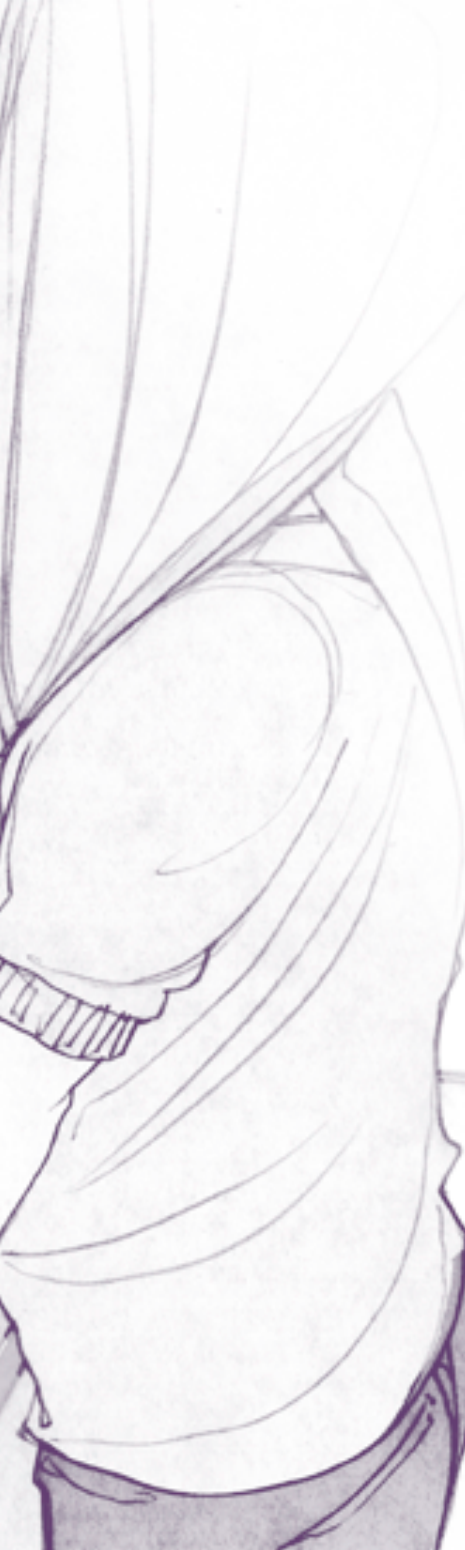
Otro día nos entregó unos cheques fotocopiados para que los llenáramos por la cantidad exacta de la compra. Eso fue muy divertido, porque nos sentíamos unas personas grandes y muy importantes.

Nos explicó que existen otros cheques que se llaman cheques de viajero, que los hace el banco imitando los dólares y que uno compra para usar en otros países cuando uno viaja.









Después hicimos las compras utilizando tarjetas de débito. Nos dividimos en grupos. Un grupo se encargó de llenar unos formularios de ahorro del banco para depositar dinero en una cuenta de ahorro. Otro grupo depositaba en una cuenta corriente. Hicimos varios depósitos de dinero en cada cuenta para tener bastante que gastar.

Otro grupo hacía que trabajaba en un banco, recibiendo los depósitos y anotando las sumas depositadas en dos cartoncitos, uno para la cuenta de ahorro y otro para la cuenta corriente. Claro, lo hacíamos en juego, de mentira, pero como si eso fuera de verdad.

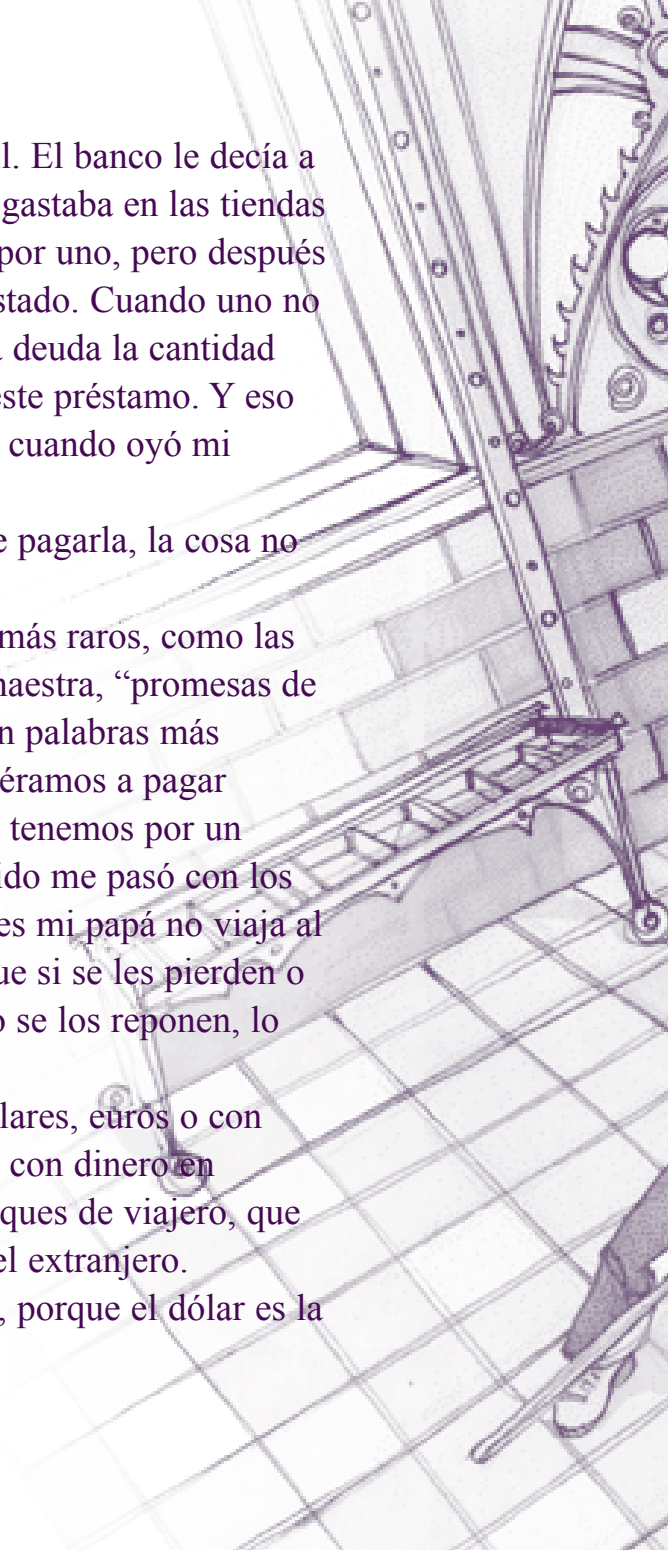
Los muchachos tecleaban en una cajita, parecida al teléfono que usan en los almacenes de verdad, mientras que los compañeros encargados del banco rebajaban las cantidades que comprábamos de nuestras cuentas corrientes o de ahorros, hasta que se nos acababa la plata que teníamos en esas cuentas y ya no podíamos seguir comprando. Al final, ese día terminó en un alboroto, y el banco casi quebró por el enredo que se armó.

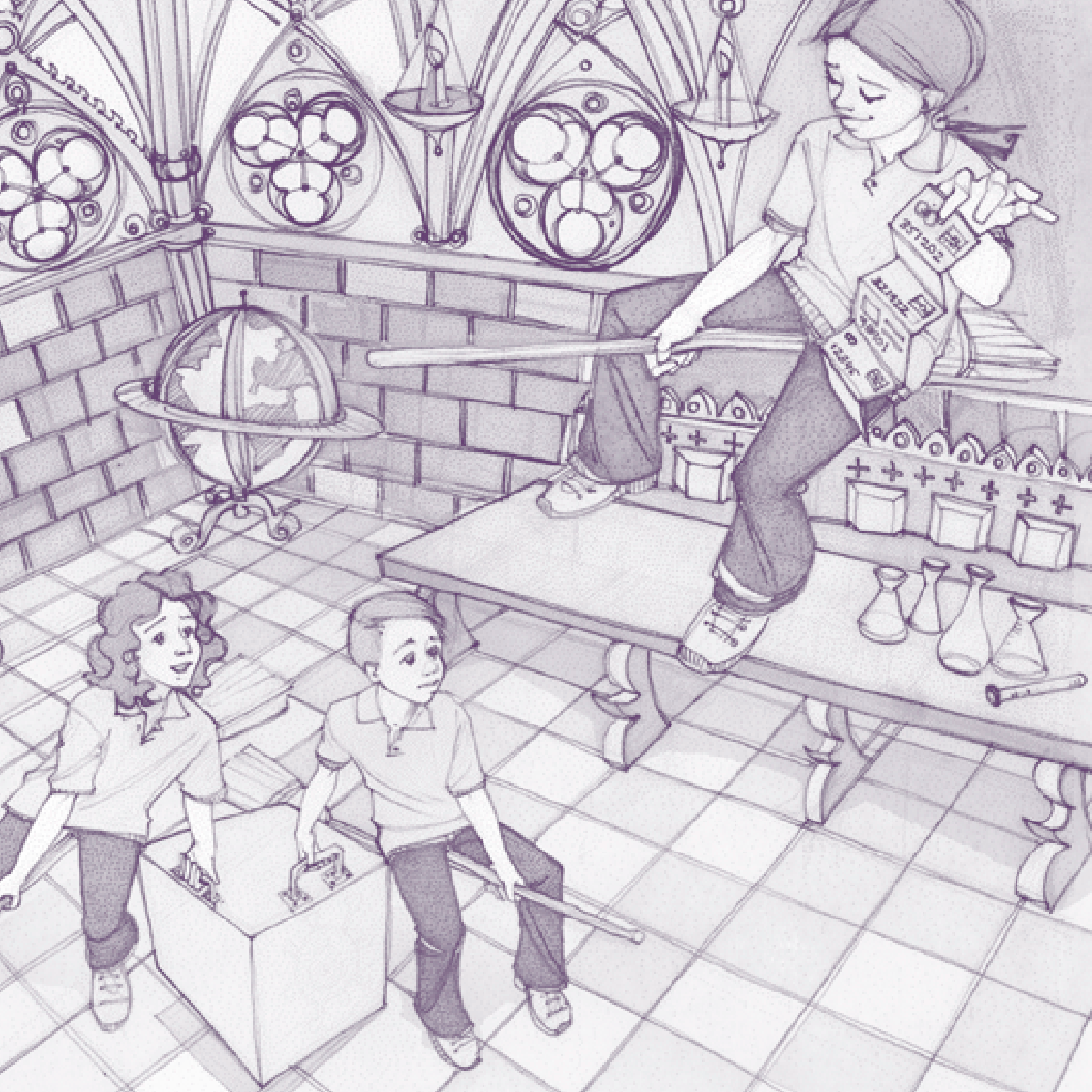
Con las tarjetas de crédito la cosa resultó más fácil. El banco le decía a uno un monto máximo que le podía prestar y uno gastaba en las tiendas sin poder pasarse de ese monto. El banco pagaba por uno, pero después uno tenía que devolverle la plata que le había prestado. Cuando uno no pagaba toda la deuda a tiempo, se le agregaba a la deuda la cantidad correspondiente al interés que debía pagarse por este préstamo. Y eso era todo, así de simple y medio aburrido. Mi papá cuando oyó mi explicación, me dijo, riéndose:

–“Cuando debas una cantidad grande y tengas que pagarla, la cosa no te va a parecer tan aburrida”.

Lo más difícil fue entender otros medios de pago más raros, como las letras de cambio, que eran, según nos explicó la maestra, “promesas de pago a futuro de una deuda presente”, pero que, en palabras más sencillas, es algo así como que si nos comprometíamos a pagar después, en un tiempo establecido, una deuda que tenemos por un dinero o un bien que recibimos ahora. Algo parecido me pasó con los cheques de viajero o *traveller checks*, sin los cuales mi papá no viaja al extranjero. Él dice que así viaja más seguro, porque si se les pierden o se los roban, no hay problema, porque en el banco se los reponen, lo que no sucede con el dinero en efectivo.

Mi papá me explicó que al comprar con pesos, dólares, euros o con cualquier otra moneda, uno está comprando cosas con dinero en efectivo. Pero, también se puede comprar con cheques de viajero, que uno usa cuando quiere, firmándolos al viajar por el extranjero. Generalmente estos cheques se venden en dólares, porque el dólar es la moneda más utilizada en el mundo.








2532



2501



Hasta ahí, a pesar de los problemitas, había comprendido todo lo que tenía que ver con los medios de pago. Pero, ¡ay!, yo no pude entender casi nada de las explicaciones relacionadas con las tarjetas inteligentes y el dinero electrónico. Me sentí medio ignorante, a pesar de que uno nunca debe creerse más ignorante que los demás, pero por más que intentaba no lograba entender la cosa. Parecía como si se me hubieran fundido las pilas de la inteligencia.

–A ver, ¿qué es lo que no entiendes? –me preguntó mi mamá, que tenía la gran virtud de buscarle soluciones a todos los problemas que a uno se le presentaran. En eso, eso sí puedo asegurarlo, mi mamá era como una bruja o un habitante de otro planeta.

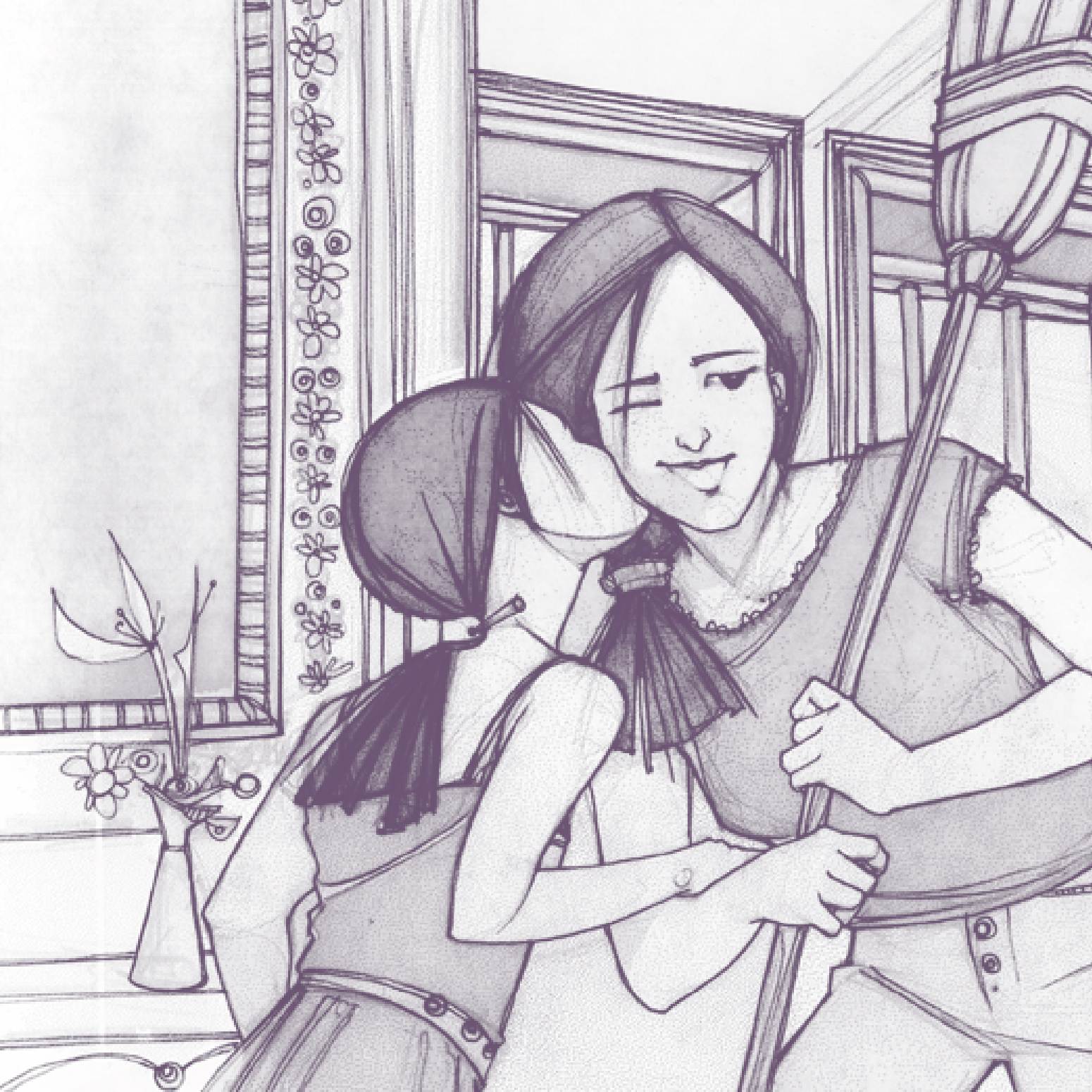
–¡Que yo no entiendo qué es eso de la tarjeta inteligente! –le dije, casi a punto de soltar el llanto. –¿Será que esa tarjetica es más inteligente que yo?

–No seas bobita, eso también lo puedes entender. Las tarjetas que llaman “inteligentes” son tarjetas que traen una banda magnética o un *chip*. Mira, como éstas (entonces sacó unas tarjetas de su bolso y me las mostró).

En la banda magnética o en el *chip* se almacena información sobre el dueño de la tarjeta y la tarjeta misma.

–Entonces, ¿son iguales? –le pregunté, entendiendo la cosa.

–Pues sí, se parecen, pero tienen algunas diferencias. En primer lugar, las tarjetas con banda magnética almacenan menos información que las que tienen *chip*. Y en segundo lugar, y esto es más importante, las de banda magnética están conectadas con otros dispositivos o con una red de computadoras, que son, en realidad, las que ejecutan las operaciones.



Las tarjetas que tienen *chip*, en cambio, no necesitan estar conectadas a nada. El *chip* que tienen incorporado funciona como una computadora pequeña, es el que realiza la operación.

–¡Ah!, ahora sí entendí. La cosa es más fácil de lo que pensaba –dije a mi mamá, mientras me tocaba con el dedo índice de la mano derecha la sien, como hacen los que consiguen respuestas a los problemas.

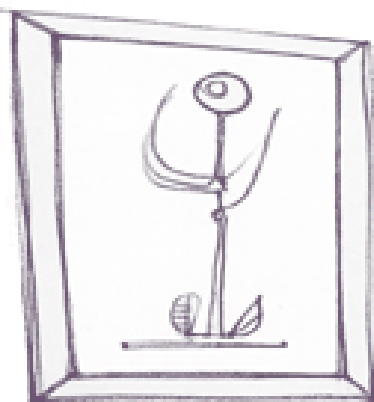
–Bueno, me alegro que hayas entendido. Pero, ahora, te explicaré algo más bonito. Hay unas tarjetas que la gente utiliza para no llevar dinero encima, especialmente cuando va de viaje al extranjero, que tienen un *chip* que registra el almacenamiento de una cierta cantidad de dinero. A esas tarjetas las llaman monedero electrónico o dinero electrónico.

–¡Buenísimo! ¿Y cómo funcionan? –pregunté.

–Tú vas al banco y compras, por ejemplo, una tarjeta de quinientos dólares. Los pagas y te dan una tarjeta por ese monto. Cada vez que la usas, por ejemplo, en un cajero automático, el *chip* se encarga de descontarte la suma de dinero que sacaste, hasta que se agota todo el dinero que tenía registrado el *chip* y ya la tarjeta no funciona más. Es decir, cuando gastaste los quinientos dólares de la tarjeta de nuestro

ejemplo. Algunas tarjetas se botan, son las desechables. Pero a otras se les puede agregar dinero en el banco, y entonces se les llama recargables.

–¡Caramba, mamá, qué chévere eres! – exclamé, triunfante y besándola agradecida, después de haber comprendido todo ese enredo. –¡Tú sí que eres una verdadera bruja!



Sabes que...

Los medios de pago

son las cosas con las cuales uno paga lo que compra o lo que debe. Para realizar esas operaciones, la gente usa **monedas, billetes, cheques, cheques de viajero o traveller checks, letras de cambio, tarjetas de crédito, tarjetas de débito, dinero electrónico** y otros instrumentos de pago.

Los medios de pago más usados en el mundo son las **monedas**, los **billetes** y los **cheques**.



0234-21316-6194453 037485269
BANCO DEL SOL Nº DE CUENTA Nº DE CHEQUE
RAFAELA BRICENO DE CÁRDENAS \$ _____
TITULAR: J. 14
JOSÉ JORGE CORTA
PAGAR A LA ORDEN DE _____
LA CANTIDAD DE _____

FIRMA AUTORIZADA _____
BS 525 **Banco del Sol**
009818560005 854652408296453 8546547 90

Sin embargo, se utilizan cada vez más las **tarjetas de débito** y las **tarjetas de crédito** que llevan incorporada una **banda magnética** o un **chip** para almacenar información.

Esas tarjetas, llamadas también **tarjetas inteligentes**, ofrecen las ventajas de la facilidad y la seguridad de su empleo. La tarjeta de débito es la que utiliza una persona para pagar lo que compra o para retirar dinero de un **cajero automático** del banco, pero, en este caso, la cantidad gastada o retirada es descontada de la **cuenta de ahorro** o de la **cuenta corriente** que esa persona tiene en el banco.



La tarjeta de crédito es la que utiliza una persona para pagar lo que compra o para retirar dinero de un **cajero automático** del banco, pero, en este caso, el pago o el retiro de dinero se hace a cuenta de un **crédito** o **préstamo** que le concede el banco a esa persona.

© BANCO CENTRAL DE VENEZUELA, 2002
www.bcv.org.ve

Gerson Regalado
INVESTIGACIÓN

Rafael Cartay
AUTOR

Cristina Müller
ILUSTRACIONES

Luis Giraldo
DISEÑO ORIGINAL DE LA SERIE

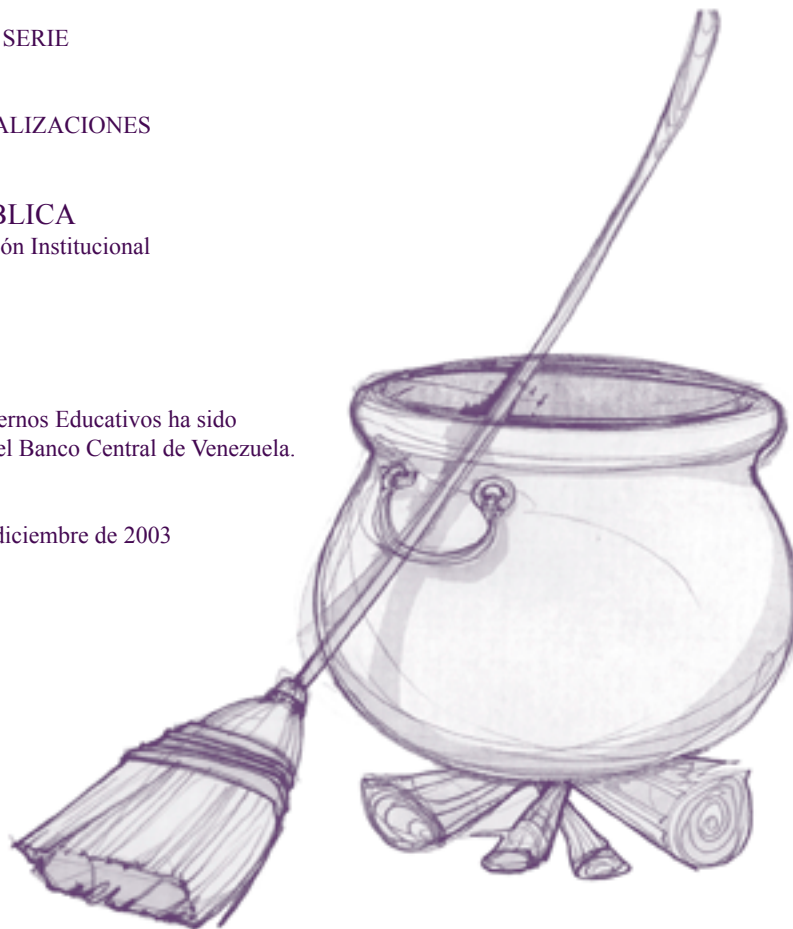
Cristina Müller
DIAGRAMACIÓN Y DIGITALIZACIONES


Adaptación para Colombia
BANCO DE LA REPÚBLICA
Departamento de Comunicación Institucional
Sección de Publicaciones
www.banrep.gov.co

ISBN.

La publicación de estos Cuadernos Educativos ha sido expresamente autorizada por el Banco Central de Venezuela.

Impreso por
En Bogotá, D.C., Colombia, diciembre de 2003





La palabra economía viene del griego *oikos*: casa y *némein*: administrar. De ese primer significado de cuidar y manejar los bienes de una casa, la palabra tomó el que tiene ahora de administrar la riqueza pública de una comunidad, región o país, y el de la ciencia que estudia los procesos económicos. Con esta serie de cuadernos, el Banco de la República quiere poner al alcance de los niños colombianos, a través de textos sencillos y divertidas ilustraciones, algunos temas y conceptos básicos de economía, que le permitan comprender la complejidad del mundo económico de hoy.

